

PREMIO NORMAN SVERDLIN 2009-2010

Discurso pronunciado en la entrega del 6 de octubre
de 2011, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Renato Huarte Cuéllar
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Alguien que se dedica, aunque sea por un momento, a la filosofía del lenguaje podrá caer en la cuenta que, detrás de este código, esta inmensidad en la que nos movemos y pensamos, sentimos y soñamos, hay juegos muy serios a los que vale la pena dedicarse aunque sea por un tiempo breve. Así, podemos entender las coincidencias, no como encuentros azarosos del destino, sino como co-incidencia, incidencias en conjunto, formas de abordaje comunes. En este sentido, en la vida podemos encontrar múltiples co-incidencias. En el caso presente, hablaré de una de ellas.

Pocos saben que Spinoza enseñó hebreo a sus amigos cristianos porque creía firmemente que no se puede comprender otra cultura sin conocer la lengua que la sostiene, le da forma y la posibilita. Es probable que así naciera, incompleto y escrito en latín, el muy poco conocido *Compendio de gramática de la lengua hebrea*. Pocos habían abordado este *Compendio* desde la lingüística y todavía en grado menor desde la filosofía. Siguiendo la lectura cuidadosa de la filósofa brasileña Marilena de Souza Chauí, es tal vez esta relación entre lenguaje y filosofía, entre lenguas particulares y pensamiento en el caso de Spinoza, lo que permite dar cuenta de muchos as-

pectos de la filosofía del “genio de tristes ojos”, en palabras de Borges.

Ejemplo claro de esto es la relación que guarda, por ejemplo, Dios y su mundo en diferentes lenguas. En latín la obra de Dios es *Opus Dei*, y si la obra es “de” Dios, en genitivo, Dios cambia. En contraste, en la relación de Dios con el mundo, en hebreo, por el estado de régimen (*smijut*) es imposible que Dios cambie. Lo que cambia es el mundo, sus hechos, los modos de la sustancia única: *maasei elohim*.

Hablando de cambios, los tiempos verbales permiten nociones de existencia, como el verbo ser/estar en hebreo que en presente no existe, no por ausencia, sino por la actualidad de pasado, presente y futuro, es decir, por la concomitancia de todos los posibles tiempos del ser. Y así también está presente la co-incidencia de que Norman Sverdlin fuera profesor de hebreo en el CELE a la vez que estudioso de la filosofía. Co-incidente también es el hecho que nos convoca hoy aquí, que es un acto de amor en sentido spinoziano, pues las pasiones tristes se transforman en pasiones alegres, la ausencia en presencia y se da la afirmación del *conatus* al apoyar de manera constante una labor, una actividad sin finalidad externa: la filosofía.

* La tesis puede consultarse en el sitio: <http://www.filos.unam.mx/premiosverdlin/premiados.php> En las imágenes se puede observar la portada de la tesis y al autor de la misma en el Mar Muerto. Correo electrónico: renatohuarte@yahoo.com

Esta acción, lejos de entenderse como una mera actividad intelectual desligada del mundo, es la vida misma: enfrentarse a uno mismo, a sus miedos y obstáculos para afrontarlos y ponerlos en cuestión. Para eso la relación entre lenguaje y filosofía es fundamental. “Tener la oreja bien fina”, “Abrir los oídos”, como se sostiene talmúdicamente, es condición para poder hacer del acto filosófico un acto de escucha, de atención y de extrañamiento.

Y enseñar otra lengua es tal vez la posibilidad de ayudar al otro a extrañarse por la falta de familiaridad con la otra lengua. En eso co-incidieron Baruj y Norman. En eso co-incido como ex profesor de hebreo, como licenciado en filosofía, como licenciado en pedagogía, como ser humano, y procuraré seguir co-incidiendo. Pero quizás la mayor de todas las co-incidencias es el hecho de que nos encontremos todos juntos aquí prestando oídos, incidiendo en conjunto en la entrega de un premio al trabajo filosófico.

¿Cómo recibir un premio si se busca ser congruente con una tesis sobre el autor que ve al *ego* como una idea ficticia que genera pasiones, que entiende que no somos sustancias en sí sino meros modos de la sustancia única? Creo que esa recepción de un premio sólo puede darse desde la res-ponsabilidad, desde el *ponderare rei*, desde el compromiso colectivo de continuar con la labor filosófica, no sólo académicamente, sino también entendiendo aquélla como una forma de vida que nos interpela cotidianamente para con nosotros, así como con el resto de los modos de la sustancia única. Así se puede entender



el *amor Dei intellectualis* de Spinoza: como gratitud infinita y a la vez como responsabilidad también infinita, con la promesa de continuar trabajando con y por los demás porque, en última instancia, no hay división.

Agradezco infinitamente a mis profesores, a mi tutora, a mis compañeros, a mis estudiantes, a mis colegas, pero también a mi familia y a mis amigos. Así, cedo mi voz al poeta que resume en unos cuantos versos lo que uno puede redactar en decenas de hojas en prosa:

Baruch Spinoza

Bruma de oro, el Occidente alumbra
la ventana. El asiduo manuscrito
aguarda, ya cargado de infinito.
Alguien construye a Dios en la penumbra.
Un hombre engendra a Dios. Es un judío
de tristes ojos y de piel cetrina;
lo lleva el tiempo como lleva el río
una hoja en el agua que declina.
No importa. El hechicero insiste y labra
a Dios con geometría delicada;
desde su enfermedad, desde su nada,
sigue erigiendo a Dios con la palabra.
El más pródigo amor le fue otorgado,
el amor que no espera ser amado.

Jorge Luis Borges

¡Infinitas gracias!